

Cervantes

por

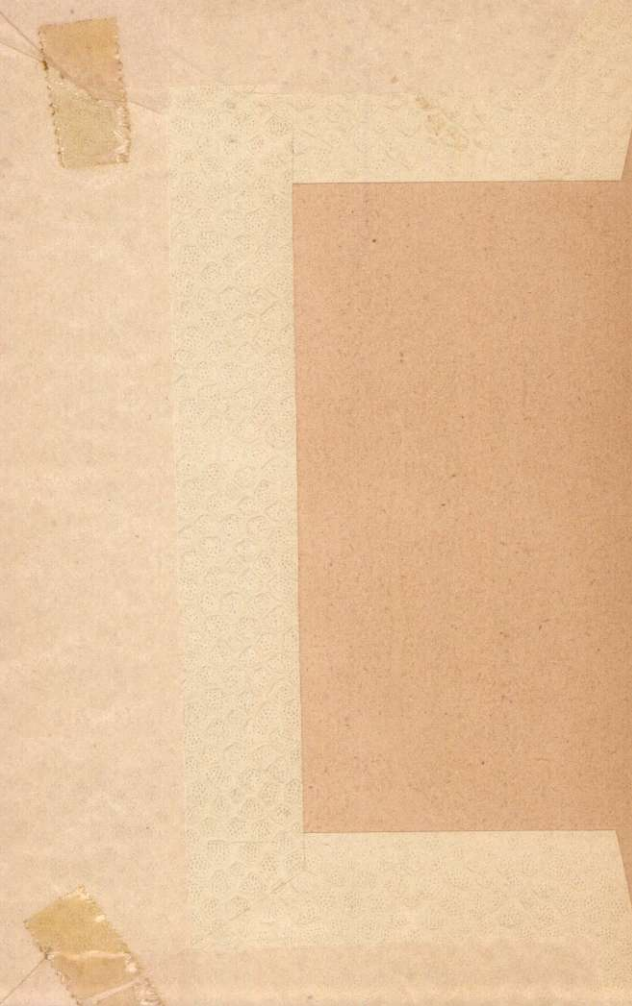
José de Castro y Serrano

de la R. A. E.



MADRID

1904



Al Sr D^{no} Angel Aviles,
se le complaze en dedicar el primer
ejemplar de este libro, n. apdo
J. P. Petterson

Cervantes





Miguel de Cervantes Saavedra

14 cms. R. 66. 578.

Cervantes

por

José de Castro y Serrano.

de la R. A. E.



MADRID

1904





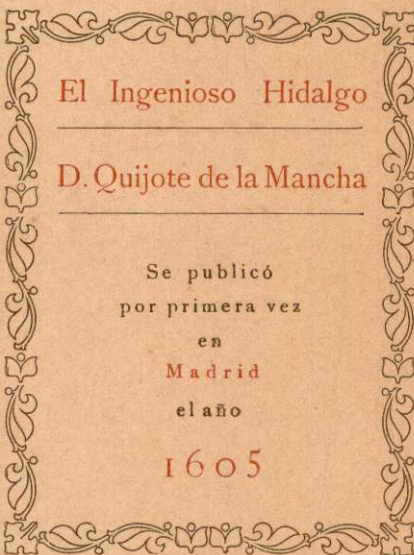
A LA MEMORIA

de

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

El Editor.

Madrid 23 de Abril de 1904.



El Ingenioso Hidalgo

D. Quijote de la Mancha

Se publicó
por primera vez

en

Madrid

el año

1605



MIGUEL DE CERVANTES SAA-
VEDRA nació en Alcalá de
Henares en primeros de Octubre
de 1547.

Murió en Madrid el 23 de Abril
de 1616.

Vivió, por consiguiente, sesenta
y nueve años.

No siguió carrera determinada.

Sentó plaza de soldado en Roma.

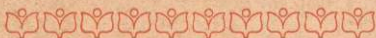
Peleó en el combate de Lepanto.

Fué cautivo en Argel.

Obtuvo del Gobierno un empleo
con cuatro pesetas diarias,

Y escribió el *Quijote*.





I

SIETE poblaciones de España se han disputado el honor de ser cuna de Cervantes, y en ninguna de las fes de bautismo exhibidas consta la fecha de su nacimiento. Este es el principio de las ignorancias que rodean la vida del grande hombre. La crítica, sin embargo, que todo lo rebusca y todo lo pesa, tiene resuelta la cuestión en esta forma:

Cervantes vió la primera luz en

Cervantes

Alcalá de Henares, y sus cenizas reposan en el Convento de las Trinitarias de Madrid.

¿Existe su retrato? Más de siete historiadores han ofrecido cada cual el suyo como auténtico; pero la sana crítica no reconoce más que dos: el pintado al óleo que posee la Real Academia Española, cuyo trasunto presentamos, y el hecho á pluma por el mismo Cervantes, que dice lo siguiente:

«Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años que

Cervantes

fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies; éste, digo, que es el rostro del autor de la GALATEA y de **DON QUIJOTE DE LA MANCHA**, y llámase comúnmente *Miguel de Cervantes Saavedra*.»

Cerca de trescientos años han transcurrido desde su muerte, y durante este tiempo todas las espe-

Cervantes

cialidades científicas y literarias le han achacado la virtud del propio ingenio: le han hecho historiador, filósofo, poeta, geógrafo, mareante, médico, teólogo, helenista, gramático y otras muchas cosas más, no siendo ciertamente nada de ellas y sí de todas á la vez, como entendimiento alumbrado por luz divina que le basta oír para aprender, que aprende y ya puede enseñar, que al enseñar descubre horizontes no vislumbrados por el maestro; en una palabra, que presiente lo que los otros saben y que inventa lo que no sabe ninguno.

Rara es la condición moral del ser que aquí trazamos: pero por

Cervantes

eso está de non en nuestra historia, por eso lleva una vida obscura, por eso era poco conocido de los de su época y apenas se trataba con los que, no siendo siquiera sus iguales, se tenían á sí mismos por superiores. Él podía juzgar á los demás y los demás difícilmente le juzgaban á él.

¿Tuvo aficiones instintivas de soldado? Nosotros creemos que no, y á pesar de ello, en las armas le vemos consumir la mayor parte de su existencia. Sus aficiones debieron ser siempre literarias, como lo justifican ciertos pasos de su juventud por las Universidades de Alcalá y de Salamanca, que han

dejado más huellas del deseo de saber que del ansia de aventuras. Si sentó plaza, fué quizá porque en aquel tiempo no producían las letras recurso de ninguna especie, ó era tan mísero, que sólo podían cultivarlas dos clases de la sociedad: clérigos y cortesanos. Cervantes no era ninguna de ambas cosas: ¿qué otra carrera había, pues, de seguir sino la de las armas? Á ella se acogían los segundones ó los hidalgos sin fortuna, como él lo era.

Quédese para eruditos del ejército la historia militar, terrestre y marítima del autor del *Quijote*. Á nosotros nos basta ahora con reproducir en este sitio la relación

Cervantes

de un poeta contemporáneo (Fernández y González) que al ensalzar la gloria de Don Juan de Austria en el combate naval del golfo de Corinto contra los turcos, consigna el siguiente recuerdo:

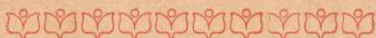
Allí también su gentileza ostenta
un soldado español; su noble mano
el pesado arcabuz fiero sustenta
muertes lanzando al bárbaro otomano;
en su ancha frente el porvenir asienta
de la gloria el destello sobrehumano,
orlando con reflejos deslumbrantes
el pensamiento audaz del gran Cervantes.

Miróle España impávido sufriendo
el empuje feroz de los infieles,
y al lado de Don Juan, bravo cogiendo

Cervantes

en el sangriento mar, rojos laureles;
su mano herida alzada ante el estruendo
anuncia un porvenir, que en ecos fieles,
si de las musas le llamó el encanto,
llamóle al par *El Manco de Lepanto*.





II

DOS nombres tiene la lengua castellana: *Lengua Castellana* y *Lengua de Cervantes*. ¿Por qué? ¿Es que nadie ha escrito en español tan bien como Cervantes? Asunto es este para discutirlo fuera de aquí y que dilucidan hace tiempo filólogos y gramáticos. Antes y después de Cervantes se ha escrito admirablemente en lengua española. Mariana, Saavedra Fajardo, Quevedo, Hurtado de Men-

Cervantes

doza, fray Luis de Granada y tantos más que constituyeron el tesoro de nuestra literatura, no tienen por qué temer el parangón con ningún hablista especial; y, sin embargo, la multitud, formada esta vez por todos los indoctos y todos los doctos, proclama el apellido de Cervantes como verdadero apellido de la lengua.

Consiste esto en que Cervantes, adelantándose á su siglo, no escribió en la manera de su tiempo, ni imitó la de otros, ni se propuso introducir innovaciones más ó menos caprichosas en su discurso, sino que escogiendo la palabra propia la sujetó al servicio de la

Cervantes

idea, y la idea al servicio del pensamiento, y el pensamiento al servicio de la comprensión pública; lo cual equivale á decir que sin sospecharlo, compuso el mote que dos siglos después había de figurar en el escudo de la Academia Española, esto es, *limpió, fijó y dió esplendor* á la lengua castellana.

El que hoy se proponga imitar á los clásicos de aquel tiempo, no escribirá bien; pero el que se proponga imitar á Cervantes, escribirá perfectamente. Porque Cervantes, mejor dicho, el *Quijote* (puesto que el *Quijote* es Cervantes), abarca un conjunto de leyes para el idioma, que, á modo de cual-

Cervantes

quiera otra codificación, fundada en el buen sentido y en la verdad, resulta aplicable en épocas muy posteriores á la de su origen. Él estableció la ley del contraste entre las veras y las burlas, entre la ficción y la realidad; él dió la norma de la llaneza en las palabras para formar los conceptos fáciles y sencillos; á sus lecciones se debe que lo cómico, por prolongado que sea, no contraríe lo grave, ni impida el acceso á lo sublime; sus atrevimientos, aun los más peligrosos, aparecen revestidos de ese pudor literario que tan bien sienta hasta en las desnudeces del ingenio; su sátira, su ironía, el gracejo



Cervantes

y donaire que brotan de su pluma, modelos son para imitados hoy, en que el extranjerismo de la forma amenaza destruir el noble lenguaje castellano. Hay que estudiar en Cervantes, además, el dibujo de los caracteres, el enlace de los episodios, la malicia de los efectos dramáticos, al resorte oculto del interés con que ha de seducirse al lector; en suma, hay que seguirlo hasta en lo que parece que ignora.

Efectivamente: Cervantes no sabía ortografía, ó por lo menos la desdeñaba en absoluto, como lo prueba cuando escribe su propio apellido unas veces con V y otras

con B. En puntos y comas, en interrogaciones y admiraciones, estaba á la altura de aquella señora que al final de sus cartas ponía una serie de signos para que el lector los colocase donde le pareciera oportuno. Ignoraba, decimos, como todos sus contemporáneos, la ortografía común, cuanto más la pintoresca que hoy se usa en pro de la claridad de los conceptos, y que tanto facilita la obra del que escribe como del que lee. Cervantes, sin embargo, en sus páginas cuajadas de letras sin separación de asuntos ni de períodos; en sus diálogos sin *sangrar*, que confunden las narraciones del texto

Cervantes

con lo que hablan por si mismos los personajes de la fábula; en su puntuación caprichosa y sin reglas, que ni indica ni previene el tono de la lectura, Cervantes se las compone de modo que dice lo que quiere decir, lo dice como debe decirlo, y lo hace comprender como si viniese acompañado de cuantos requisitos exige el arte de la escritura moderna. Otro tanto le sucede con la prosodia y la sintaxis. ¿Las estudió? Probablemente nunca; pero manaban de su cerebro con la propiedad exacta de los vocablos, con la acentuación armónica de las sílabas, con la coordinación admirable de las pala-

Cervantes

bras, con ese singular estilo de donde se han derivado después las leyes del buen decir que llevan su nombre.

No se crea, á pesar de lo expuesto, que Cervantes produjese sin conciencia de lo que hacía, y como máquina que arroja lo que los mecanismos le urden en su interior. El *Quijote* está escrito despacio y en ocasiones con presión trabajosa visible. El principio de los capítulos se halla casi siempre bien cuidado, cual si el numen necesitara suavizar superficies para imprimir un movimiento de avance en las ideas que se relacione con el tono general de la obra; pe-

ro conseguido esto, engendrado el vapor, digámoslo así, abre sus alas la fantasía y se remonta á las regiones de la elocuencia, en esos períodos rotundos que parecen hechos de un solo pedazo, en esos *crescendos* de su particular invención que, cual los de la música, arrebatan y enajenan al público; menos correctos quizás entonces, pero sonoros como las últimas notas de un concertante. Cuando al capítulo inmediato sigue lo que podemos llamar la calentura, aquello se hizo de una sola vez; mas cuando vuelven á advertirse delicadezas de forma en los principios de un nuevo episodio, hay que

Cervantes

sospechar si entre escritura y escritura mediaron desdichas de las que comúnmente amargaban la existencia del gran ingenio.





III

PORQUE Cervantes fué muy desdichado. Parece mentira que las páginas regocijadas del *Quijote* se compusiesen en una época de persecuciones y de duelos, de escasez y casi miseria como la que atravesó en su edad madura. Si es positivo que muchas de ellas se trazaron en un calabozo, acompañémosle y fortalezcámosle con el recuerdo de parecidos quebrantos.

Cervantes

Catón el Censor, uno de los hombres más virtuosos de la antigüedad, ha sido acusado por la crítica histórica de dar en algunas ocasiones dinero á premio, delito repugnante entre los romanos. Bacon, el gran canciller de Inglaterra, uno de los entendimientos más profundos de Europa, lleva el estigma histórico de haber vendido empleos y mercedes correspondientes á su cargo. Hasta sobre nuestro gran Lope de Vega, *el Fénix de los Ingenios*, se ha complacido la crítica en derramar culpas particulares, más pronto creídas que justificadas. Y es que la humanidad, á la manera del *Tirano*

Cervantes

de Siracusa, parece que se cansa de oír llamar á Arístides *el Justo*. Nosotros anatematizamos ese espíritu de investigación que conduce á descubrir en la vida de los grandes hombres defectos que puedan deslustrarlos; pues prescindiendo de que los hayan tenido ó no, la Historia debe ser como la muerte, que deje volar el alma por las regiones del bien y abandone con el cuerpo las impurezas de la carne.

Nuestro pobre Cervantes ha sido también víctima de lo que pudiéramos llamar recreos de la malevolencia. Se ha dicho de él que estuvo preso por malversador de

Cervantes

caudales públicos, y esto es una mentira, aun cuando parezca una verdad. Fué, efectivamente, recaudador de tributos atrasados en el reino de Granada, y los cobró pronto y en grandes sumas: pero como en su tiempo no había papel moneda ni las facilidades de banca que hoy existen, entregó en Sevilla fondos en casa de un comerciante acreditado y tomó una especie de letra para otro no menos conocido de Madrid. En el intermedio de su viaje, que era entonces larguísimo, quebró uno de los mercaderes, y la letra no pudo hacerse efectiva; mas el fisco, que no se andaba entonces por las ra-

Cervantes

mas en esto de exigir responsabilidades á sus servidores, encausó y prendió al recaudador hasta comprobar los hechos; comprobación que bien pronto fué inútil, puesto que la mujer de Cervantes y sus amigos reunieron y abonaron las sumas reclamadas. Él no las tenía.

La prisión de Cervantes, pues, lejos de producir descrédito á su persona, le equiparó con otros hombres ilustres de la época, para quienes el Gobierno de Felipe II no tenía la menor consideración en cuestiones de maravedises. El célebre Mateo Alemán, autor de *Guzmán de Alfarache*, especie de

Cervantes

tesorero de Hacienda entonces, encausado y preso estuvo hasta que fueron aprobadas sus cuentas: y el gran D. Diego Hurtado de Mendoza, personaje insigne en la corte de Carlos V, historiador de las *Guerras de Granada* y poeta á quien se atribuye el *Lazarillo de Tormes*, detenido y encausado estuvo por Felipe mientras se censuraban los gastos de una comisión particular del Rey; porque aquel Gobierno, que tan colosales dispendios hacía en todo el mundo, recaudaba con las armas en la mano, como con las armas en la mano conquistaba pueblos.

Desearíamos omitir aquí el re-

Cervantes

lato de otra prisión que, en sentido diverso de ésta, no pudo menos de conturbar el alma de Cervantes y producirle hondas amarguras. Hallábase la corte en Valladolid, y el escritor también, cuando una noche cerca de su casa, trabóse recia pelea entre gentes desconocidas, por resultado de la cual cayó herido cierto caballero de notoria alcurnia. Cervantes bajó á la calle como otras varias personas, y al ver la gravedad del paciente, recogióle con solicitud y lo condujo á su propio lecho, donde el hombre expiró sin hacer revelaciones sobre la sangrienta lucha. Semejante episodio, harto común

Cervantes

en aquella época, más era para ensalzado que para perseguido; pero á pesar de ello, formósele su historia en la vecindad, asegurando que el muerto era un rondador cuyos pasos comprometían á alguna mujer próxima pariente de Cervantes. El hecho es que la causa y prisión, muy penosas de suyo, no arrojan otros datos en contra del poeta que las mortificaciones de su espíritu y la vocinglería que acompaña á esta clase de calumnias.

¿Era extraño en Cervantes comprometer su propia vida por la de otros? Responda su conducta en Argel durante su primer cautive-

rio, cuando habiendo conseguido escapar de las mazmorras agarenas con pericia y valor inconcebibles, vuelve después á ellas por el intento voluntario de libertar á los otros cautivos que no pudieron huir con él. Responda su conducta en la galera de Lepanto, cuando herido en el pecho y *mancado de la izquierda*, como dice la información, contesta á los que le impulsan á recogerse en la cámara de la nave: «¿Qué dirían de mí si no hago lo que debo? Mejor quiero morir peleando por Dios y por mi Rey, que no meterme so cubierta á reparar mis daños.»

El resumen de cuanto va dicho

Cervantes

es el siguiente: —Gran parte de su vida en las armas, gran parte cautivo; gran parte preso; la menor parte de su existencia es la que pudo dedicar á escribir.





IV

PERO ¡cuánto escribió!
Como primeramente hay que considerar á Cervantes, es como autor dramático, por más que esta proposición pueda causar extrañeza á gran número de lectores. Para persuadirlos, sin embargo, advertiremos que Cervantes compuso sus obras teatrales antes que Lope de Vega, antes que Calderón, antes que existiese el teatro cuya gloria va unida á la

Cervantes

gloria literaria de España. Considerado así el poeta, su mérito acrece en virtud de la prioridad de las obras. Si éstas no se ejecutan hoy como las llamadas del *teatro antiguo*, es porque participan de eso que podríamos llamar también *infancia del arte*; pero no porque desmerezcan de otras muchas que han hecho célebres á sus autores. La *Numancia* es una buena comedia, como *El Trato de Argel* y como varias que él mismo reconoció por suyas, de las representadas con aplauso durante su juventud. Mas su especialidad en la escena pertenece á los *entremeses*, á esos poemas cortos que

Cervantes

amenizaban los entreactos de las piezas dramáticas. En éstos cabe decir que fué inventor, guía y modelo de todos cuantos continuaron su modo y estilo, incluso los aristócratas posteriores del arte teatral. *La cueva de Salamanca, El retablo de las Maravillas, El soldado mágico* y otros, imitados fueron en Francia y convertidos en tonadillas ó cuasi óperas.

Con mayor eficacia y lucimiento aún se dedicó después á escribir los cuadros de costumbres que se apellidan *Novelas Ejemplares*. Cada uno de ellos es un *Quijote*, donde campean la pintura del natural, la discreción de los pensa-

mientos, la gracia en el referir y el sorprendente dibujo de los caracteres. Basta estampar sus nombres para que se excusen largas apolo-
gías.—*Rinconete y Cortadillo, El Celoso Extremeño, La Tía Fingida, La Ilustre Fregona, El Capitán Cautivo, El Curioso Impertinente, El Coloquio de los Perros*, títulos son que sobran para que el lector se satisfaga con sólo recordarlos. Si Velázquez de Silva hubiese escrito, Cervantes Saavedra habría pintado, y los dos serían una misma cosa.

En composiciones de otro empeño, Cervantes tampoco deja de ser lo que es. La *Galatea* y el *Per-*

siles no llegan, ni con mucho, al rango ilustre del *Quijote*; pero hay en sus páginas encantos tales, episodios tan lindos, dicción tan pura y pensamientos de tal valía, que si no para pasto de las gentes, libros de estudio son para escritores y novelistas modernos, como lo fueron para novelistas y escritores antiguos.

Llegamos, por fin, al *Ingenioso Hidalgo*, ó mejor dicho, ponemos punto á esta breve excursión por las obras del autor del *Viaje al Parnaso*. Nuestro juicio se reducirá á pocas palabras: —El *Quijote* es el **QUIJOTE**.





V

HEMOS dicho al principio que se ignoraba el día en que nació Cervantes, y ni á derechas cuáles son sus restos, confundidos con los de otros difuntos al ser trasladado al cementerio de las monjas Trinitarias, donde se mandó enterrar, desde la calle del Humilladero, á la que hoy se llama de Lope de Vega; pero si se ignoran el comienzo y el fin de tan preciosa vida, tampoco se saben los

Cervantes

pormenores de su triste muerte.

¿De qué murió Cervantes? Él casi declara el origen de sus dolencias en cierto soneto que escribió á un cirujano, especialista, como hoy se dice, en afecciones renales y sus derivadas. Al publicar el doctor un libro de su especialidad, se apresura á poner al frente los versos de Cervantes, malos por cierto, en que el autor del *Quijote* le da las gracias por haberlo curado de una piedra que desea convertir en mármol para gloria del que la disipó. Pero ¿se disipan las piedras? ¿No es posible suponer que de aquí nació la hidropesía, que dicen algunos, la diabetes,

poco conocida entonces, cuyos síntomas declara el enfermo en uno de sus *Prólogos*?

Volvía—refiere—del lugar de Esquivias, patria de su mujer, donde había ido inútilmente á buscar alivio para su ya muy quebrantada salud, cuando un joven que seguía su marcha, al enterarse de que el autor del *Quijote* era uno de los viajeros, descendió de su cabalgadura, y cogiéndole con el mayor entusiasmo su mano izquierda, le dijo:

—Sí, sí: este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, el regocijo de las musas.

Y con transportes de felicidad

Cervantes

le colmó de alabanzas, á tal punto, que Cervantes, conmovido y poco acostumbrado, sin duda, á este género de galanterías, arrojóse en sus brazos, suplicándole que le acompañara hasta Madrid. Debió el enfermo beber mucha agua en el camino y hablar mucho también de su dolencia, pues que el estudiante hubo de decirle:

—Esta enfermedad, señor Cervantes, es de hidropesía, que no la sanará toda el agua del mar Océano que dulcemente se bebiese. Ponga vuestra merced tasa en el beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna.

Cervantes

A cuyas razones respondió Cervantes:

—Eso me han dicho muchos; pero así puedo dejar de beber á todo mi beneplácito; como si para eso sólo hubiera nacido. Mi vida se va acabando, y al paso de las efemérides de mis pulsos (que á más tardar acabarán su carrera este domingo) acabaré yo la de mi vida.

Después añadió como volviendo delicadeza por delicadeza á su acompañante:

—En fuerte punto ha llegado vuesa merced á conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido á la voluntad

Cervantes

que vuesa merced me ha mostrado.

«En esto—dice Cervantes—llegamos á la puente de Toledo, y yo entré por ella y él se apartó á entrar por la de Segovia.»

He aquí un estudiante anónimo que toca en la inmortalidad. ¿Sería de Medicina? El enfermo asegura que se consideraba desahuciado por él, lo cual prueba que hubo de notarle conocimientos en la Facultad; pero ni uno ni otro nos declaran el diagnóstico de la dolencia. Hidropesía ó diabetes, que esto último, al parecer, lo llevaba reflejado en los síntomas, ello es que la razón del moribundo era

Cervantes

tan serena como para ir deduciendo por el pulso los días y las horas de su vida. Su abatimiento era físico, no moral, y sus palabras no eran delirios, sino sentencias.

Cervantes murió como *Don Quijote*, extenuado de cuerpo, pero con lucidez y pureza de alma. Vuelve á Madrid para morir entre los suyos, prodigando consejos á todos, repartiendo entre ellos su mísero caudal, multiplicando las pruebas de su gratitud á los que le han socorrido en la desgracia; y si aún toma la pluma es para exponer en dos monumentos literarios (el prólogo del *Perisiles* y la carta al arzobispo de To-

Cervantes

ledo) la grandeza de su corazón, la humildad de su espíritu cristiano, y la hermosura, ni por la vejez ni por las dolencias contrariada, de ese lenguaje sin segundo que le ha elevado en el concepto universal á Príncipe de los escritores españoles.

Conocido es de todos el prólogo de *Persiles*, obra póstuma dedicada á aquel joven Conde de Lemus, D. Pedro Fernández de Castro, político insigne, escritor y poeta, que en su virreinato de Nápoles realizó maravillas como administrador y hombre de gobierno, el cual socorría á Cervantes con liberalidad nunca bastante

Cervantes

bien ensalzada, aunque sí primorosamente agradecida. Pero la carta al Cardenal Arzobispo de Toledo, D. Bernardo Sandoval y Rojas, merece trasladarse aquí, no sólo por ser la única carta que de Cervantes se conserva, cuanto por ser el último escrito que trazó su pluma. El noble y sabio Prelado, cuyas dádivas contribuyeron tal vez á que se compusiese con tranquilidad la segunda parte del *Quijote*, hubo de remitir al enfermo algún socorro extraordinario, cuando éste con insegura mano, trazó sobre el papel los renglones que siguen:

«Muy ilustre señor:

Ha pocos días que recibí la carta de vuestra señoría ilustrísima, y con ella nuevas mercedes. Si del mal que me aqueja pudiera haber remedio, fuera lo bastante para tenelle con las repetidas muestras de favor y amparo que me dispensa vuestra ilustre persona; pero al fin tanto arrecia que creo acabará conmigo, aun cuando no con mi agradecimiento.

Dios Nuestro señor le conserve ejecutor de tan santas obras, para que goce del fruto de ellas allá en su Santa Gloria, como se la desea su humilde criado que sus muy

Cervantes

magníficas manos besa. En Madrid á 26 de Marzo de 1616 años.

Muy ilustre señor.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.»

Veintiocho días después de escribir esta carta fallecía en un modesto albergue de la calle de Francos (hoy de *Cervantes*), esquina á la del León, el más peregrino ingenio que ha producido la literatura española, y, casi sin exagerar, la Europa. Pero como hasta para morir se necesita suerte, el pobre no la tuvo ni aun á la hora de su fallecimiento. Celebrábase aquel día en Madrid una proce-

Cervantes

sión que cautivaba al público, atrayendo la concurrencia general, de cuyas resultas ni los pocos que hubiesen acompañado al difunto se ocuparon de él. Cuatro Hermanos de San Francisco, á cuya cofradía perteneció de tiempo atrás Miguel de Cervantes, condujéronle de prisa y corriendo al oratorio de la Orden Tercera, en la Torrecilla del Leal, desde donde, concluídas las horas de depósito, había de ser trasladado á la iglesia de las Trinitarias para recibir eterna sepultura.

Ni una palabra más dice la historia de exequias, de sepulcro, ni de honores públicos. Pero ¡ah!



que las gentes de hoy resarcen con amor el olvido de las gentes del tiempo. Las monjas Trinitarias rezan todos los días por él; la Academia Española le dedica cada año (y de nueve en nueve solemnísimas) honras fúnebres por su alma, que extiende á cuantos cultivaron con gloria las bellas letras; por último, ¿á qué no consignarlo? Doña Catalina de Salazar, mujer de Cervantes, ordenó al morir que sus huesos se confundiesen con los de su marido, en esa fosa común que las vírgenes del Señor adornan continuamente con sus castos despojos. ¿Qué mejor mausoleo?

Cervantes

Sí, aún queda otro.—Á España
se le llama en el mundo LA PA-
TRIA DE CERVANTES.



EL INGENIOSO
HIDALGO DON QUI-
XOTE DE LA MANCHA,

*Compuesto por Miguel de Ceruantes
Saavedra.*

DIRIGIDO AL DVQUE DE BEIAR,
Marques de Gibrleon, Conde de Benalcazar, y Bañares,
Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de
las villas de Capilla, Curiel, y
Burguillos.

Año,



1605.

CON PRIVILEGIO.
EN MADRID Por Iuan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor

Portada de la primera edición del QUIJOTE





IMPRESO

á costa de

FRANCISCO BELTRÁN Y DE TORRES

en la oficina tipográfica

de

ANTONIO MARZO

de

MADRID

en Abril de

1904

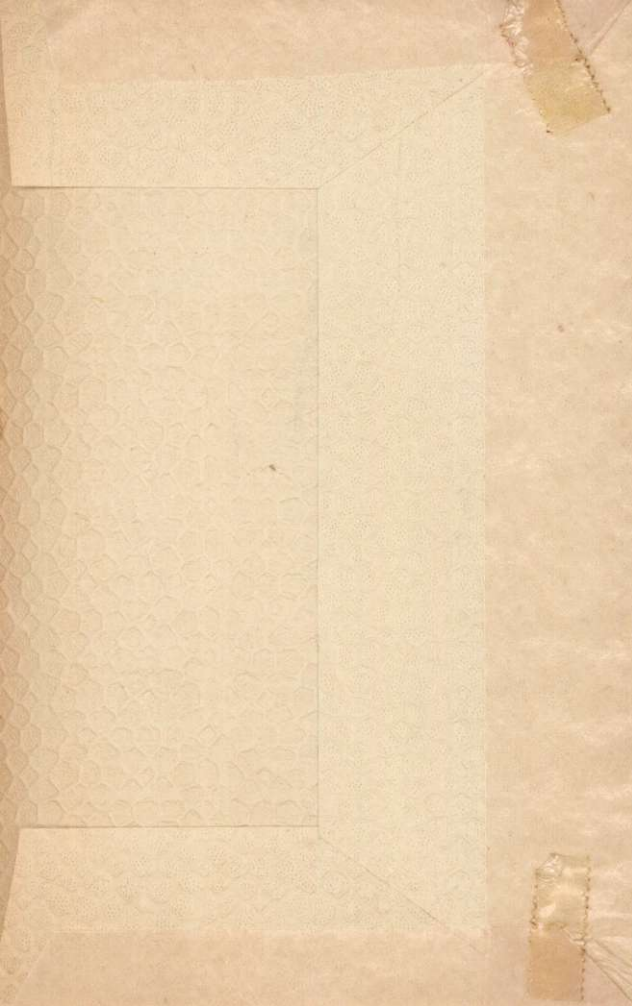
años.





2400

- AN
- GRAN
- CERVANTES
- SXIX
- CE1



De venta en todas las librerías.

Bibliografía é Historia

DE LA

Esríma Española

Apuntes reunidos

por

D. Enrique de Leguina

Barón de la Vega de Ilos

Un vol. en 8.º mayor, 15 ptas.

Libros morales para niños

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE LOS NIÑOS

Botón de oro

Un vol. en 8.º mayor, con magníficos grabados, encuadernado en tela, 3,50 ptas.

La herencia de la tía

Un vol. en 8.º mayor, con magníficos grabados, encuadernado en tela, 3,50 ptas.

Los corazones amantes

Un vol. en 8.º mayor, con magníficos grabados, encuadernado en tela, 3,50 ptas.

Historia de Germania

Un vol. en 8.º mayor, con magníficos grabados, encuadernado en tela, 3,50 ptas.

Gay de Maupassant

PEDRO Y JUAN

NOVELA

Versión española de

Carlos Frontaura

(Nueva edición)

Un vol. en 8.º, con retrato del autor y cubierta en cromotipia, 3,50 ptas.

Willy

(Henri-Gauthier-Villars)

CLAUDINA en la escuela (novela). En 8.º 3,50 p.º

CLAUDINA en París (novela). En 8.º, 3,50 p.º

CLAUDINA en su casa (novela). En 8.º 3,50 p.º

CLAUDINA desaparece (novela). En 8.º 3,50 p.º

Jorge Ohnet

LAS BATALLAS DE LA VIDA

El Camino

de la Gloria

NOVELA

Versión castellana de

Carlos de Battie

Un vol. en 8.º, con retrato del autor, 3,50 ptas.

M. Ciges Aparicio

Del Cautiverio

~ ~ ~

Un vol. en 8.º, 2 ptas.

Ricardo Burguete

Mi Rebelión

•WANE-THECEL-PHARES•

Un vol. en 8.º, 3,50 ptas.

J. Martínez Ruiz

Las Confesiones

de un

pequeño Filósofo

NOVELA

Un vol. en 8.º, 2 ptas.

Pío Baroja

LA LUCHA POR LA VIDA

La Busca

NOVELA

Un vol. en 8.º, 3,50 ptas.

Pío Baroja

LA LUCHA POR LA VIDA

Mala Hierba

NOVELA

Segunda parte de LA BUSCA.

Un vol. en 8.º, 3,50 ptas.

Pío Baroja

LA LUCHA POR LA VIDA

Aurora Roja

NOVELA

Tercera y última parte de

LA BUSCA.

Un vol. en 8.º, 3,50 ptas.